

V CENTENARIO DE EVANGELIZACION EN AMERICA LATINA

MENSAJE DEL CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO —CELAM— ANTE LOS 500 AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO Y LA EVANGELIZACION DE AMERICA LATINA

Quinientos años son apenas un cuadrante en la historia dos veces milenaria de la Iglesia de Cristo, pero designan una época que, comenzando con el descubrimiento de América, nos envuelve en la variedad y multitud de sus acontecimientos y se abre hacia el futuro con interrogantes y esperanzas que se ofrecen a los hombres que en la hora actual tenemos la responsabilidad de preparar el advenimiento del tercer milenio.

Al lado de otros hechos que terminaron el final de la edad media, el descubrimiento del Nuevo Mundo constituyó para la humanidad de entonces, especialmente para Europa, el surgimiento de una realidad nueva e inesperada que sirvió de contrapeso a los trágicos sucesos que destruyeron de una vez por todas la figura del mundo heredada de la antigüedad.

El hombre del Renacimiento, agitado por ideas y por aspiraciones nuevas, sintió que aún su espacio geográfico era estrecho para las ambiciones que lo impulsaban hacia otros rumbos, y encontró que las rutas trazadas por viajeros y navegantes lo llamaban a explorar horizontes que ensancharan un mundo que ya no era capaz de contener la magnitud de sus proyectos y necesidades.

*La tierra descubierta por Colón al otro lado del *mare tenebrarum*, una vez despejado el engaño de que fuera el extremo no conocido de las Indias Orientales, pronto adquirió identidad y nombre propios para comenzar a integrarse a la civilización y para ofrecer a la humanidad la vasta extensión de sus territorios, la variedad de sus razas y la incalculable riqueza de sus productos.*

Con el descubrimiento de América los hombres adquirieron por fin, plena conciencia de la figura y las dimensiones del planeta que habitan y se hallaron por primera vez en posesión total de ese bien único y fundamental que es la tierra que pisan.

La empresa del descubrimiento, la conquista y colonización de América —para designar esas etapas históricas con las palabras tradicionales— fue obra de un mundo en que el nombre de Cristiandad todavía encerraba un contenido real. Los pueblos europeos llegaron a América con una herencia cristiana que hacía parte constitutiva de su ser, de tal manera que la obra evangelizadora comenzó sin demora des-

de el momento mismo en que Colón tomó posesión de las nuevas tierras en nombre de los reyes de España.

La presencia y la acción de la Iglesia en estas tierras, a lo largo de quinientos años, son un ejemplo admirable de abnegación y perseverancia, que no requieren de ningún argumento apologético para ser debidamente ponderadas. A pesar de que los prejuicios políticos de otras épocas y los ideológicos de la actual se han esforzado por crear una leyenda negra en torno a la historia de la Iglesia en América, por encima de esas polémicas, la fe nos invita a ver en esa realidad un hecho verdaderamente salvífico.

Para la Iglesia de Cristo, la evangelización del Nuevo Mundo significó una tarea de proporciones y características hasta entonces desconocidas, que la enfrentaron a la necesidad de crear métodos nuevos y, sobre todo, de apoyar su acción en doctrinas que requirieron un espléndido esfuerzo de reflexión teológica y jurídica. Podría decirse que, en la evangelización de América, tuvieron tanta importancia las lecciones de Fray Francisco de Vitoria sobre el derecho de gentes en su cátedra de Salamanca como la predicación de Fray Bartolomé de las Casas o de Fray Antonio de Montesinos contra los abusos de los conquistadores.

El humilde apostolado del misionero y del cura doctrinero dio origen en breve tiempo a una cristiandad firmemente establecida que, para la segunda mitad del siglo XVI, se encontró ya en capacidad de aplicar a su propia realidad los decretos del Concilio de Trento, incorporándose en esa forma a los tiempos nuevos de la Iglesia. Los Concilios Provinciales de ese entonces, celebrados en diversas sedes metropolitanas del dilatado territorio, dan prueba de una actividad eclesial verdaderamente notable.

Egregio testimonio de la vitalidad y fecundidad de esa joven Iglesia es la aparición de almas santas que irradiaron la gracia de sus virtudes heroicas en el ejercicio del ministerio episcopal, en las penalidades del trabajo misionero o desde la vida penitente de la celda conventual.

Sobre esa base de esfuerzo y perseverancia se construyó la Iglesia de América Latina que más adelante, cuando esas naciones se independizaron de la metrópoli, pudo pensarse que se iba a derrumbar con las instituciones de la época colonial. Sin embargo, la fe de los pueblos latinoamericanos estaba para entonces tan firmemente arraigada que, a pesar de crisis y vicisitudes de diverso orden, se consolidó en las nuevas repúblicas con fuerza creciente que atraviesa nuestra época y la impulsa hacia el futuro.

Simultáneamente, la formación de las naciones de América del Norte ofrecía tanto al catolicismo como a otras confesiones cristianas un espacio abierto en que los creyentes de muchos países europeos encontraban, para profesar y practicar su fe, la libertad que se les limitaba o se les negaba en sus lugares de origen por razón de conflictos políticos o religiosos. Para los hombres de distintas razas y credos, América entera ha sido puerta hospitalaria y hogar acogedor, como corresponde a una tierra profundamente impregnada por la caridad de Cristo.

La celebración de estos cinco siglos del descubrimiento y la evangelización de América, que queremos preparar con años de anticipación, significa tanto el reconocimiento agradecido a quienes implantaron y transmitieron la fe en este continente, como el compromiso de mantener y aumentar esta insigne herencia.

La historia reciente de la Iglesia en América la presenta cada vez más consciente de sí misma y en busca de medios adecuados para cumplir su misión.

El número de sus fieles es ya casi la mitad de los católicos del mundo entero, y las proyecciones permiten prever que esta proporción aumentará notablemente en breves años.

Pero además hay que decir que los quinientos años del descubrimiento llaman la atención del mundo sobre los problemas internos del continente y sobre las relaciones de éste con las demás naciones de la tierra.

La polarización Norte-Sur, que ha sido objeto de tantas preocupaciones e investigaciones en el terreno de las relaciones internacionales, da origen en América a dificultades y situaciones críticas que, hasta el presente, no han encontrado fórmulas estables y satisfactorias de solución. La Iglesia de América Latina ha examinado a fondo este tema y lo ha convertido en programa de acción pastoral al asumir la "opción preferencial por los pobres", proclamándola como una consigna significativa no sólo para los países latinoamericanos sino para todas las naciones ricas de la tierra, haciendo suya la voz de tantos otros pueblos que se debaten en condiciones de necesidad aún más extrema.

América es una tierra en que la libertad aspira a significar más que la simple ausencia de cadenas y en donde el hombre reclama con firmeza que se dé reconocimiento a su dignidad, premio a su paciencia y satisfacción a sus derechos. Esta justa aspiración humana, que coincide con principios básicos del Evangelio, debería servir de motivo para que el mundo en su totalidad se dé cuenta de lo ilusoria que son las tentativas hacia la paz universal mientras no se dé respuesta al inmenso clamor de justicia que levanta más de media humanidad. Es lo que la Iglesia ha proclamado insistentemente en su deseo de salvar a los hombres de catástrofes pre-visibles, cuando les dice que no podrá haber paz sin justicia.

América, como los demás continentes, es un concepto geográfico que encierra realidades humanas y socio-políticas enormemente distintas. Esta diferencia se manifiesta no sólo en el desigual desarrollo de los países del norte comparados con los del sur, sino en las características propias de cada una de las nacionalidades.

La común tradición ibérica de América Latina no excusa el frecuente error de aplicar a esos pueblos una consideración simplista y unitaria, que parece ignorar la diversidad de derroteros que cada uno de ellos ha seguido en casi doscientos años de vida independiente. Pero esto no ha impedido que esas naciones, basándose en factores culturales comunes, hayan logrado mantener estrechos vínculos de cooperación en muchos campos de la actividad internacional.

En esta materia, la integración eclesial de América Latina, cristalizada en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), ha significado un precedente verdaderamente ejemplar para organismos semejantes en otros continentes. Al afirmar que "la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, constituyéndose matriz cultural del continente", (Discurso al CELAM, en Puerto Príncipe) el Papa Juan Pablo II pretendía indudablemente evocar un principio unificador para esas naciones, al mismo tiempo que dirigir un llamamiento de solidaridad hacia ellas de parte de los demás pueblos cristianos.

En el día de hoy esta invitación se extiende a todas las naciones para vincularlas a la celebración de los quinientos años del descubrimiento de América.

Este continente significó para el Viejo Mundo no sólo la novedad de sus productos y la riqueza con que cubrió de oro sus templos y palacios, sino principalmente una forma nueva de ver la vida, una tierra deseable que dio sustancia a las utopías del Renacimiento y de la Ilustración y, desde el punto de vista cristiano, un espacio en que la fe encontró terreno propicio para germinar y arraigar con firmeza y para saltar de allí a mundos aún más nuevos.

Además de reconocer el papel decisivo que corresponde a América en la marcha del mundo y en el orden de las relaciones políticas y del progreso técnico, quisiéramos exhortar al continente entero a volver sobre la índole cristiana de su ser para que ahora, como en el día de su descubrimiento, proporcione optimismo y esperanza a un mundo conmovido por crisis y desequilibrios.

Esta sería la ocasión propicia para que la humanidad se volviera a encontrar en una especie de fiesta de familia con el fin de meditar y departir fraternalmente sobre su presente y su destino. La Iglesia católica se ofrece con sencillez a contribuir con todos sus recursos a la realización de este diálogo, que es una profesión de fe en la capacidad del hombre y en la providencia de Dios.

Terminamos repitiendo las palabras del Documento de Puebla: "En Jesucristo hemos descubierto la imagen del hombre nuevo (Col 3, 10), con la que fuimos configurados por el Bautismo y señalados por la Confirmación, imagen también de lo que todo hombre está llamado a ser, fundamento último de su dignidad... En María hemos encontrado la figura concreta en que culmina toda liberación y santificación en la Iglesia. Estas figuras tienen que robustecer, hoy, los esfuerzos de los creyentes latinoamericanos en su lucha por la dignidad humana. Ante Cristo y María deben revalorizarse en América Latina los grandes rasgos de la verdadera imagen del hombre y de la mujer, fundamentalmente iguales, con un único destino que incluye el gozoso anuncio de su dignidad y que los convierte en evangelizados y evangelizadores en este Continente" (333-334).

*Antonio Quarracino
Presidente del CELAM*

*Felipe Santiago Benítez
Primer Vicepresidente*

*Clemente José Carlos Isnard
Segundo Vicepresidente*

Hugo Polanco Brito
Presidente del Comité Económico

Darío Castrillón Hoyos
Secretario General

* * *

EL MONASTERIO DE LA ENCARNACION Tambogrande (Perú)

Todo comenzó con un fallido retiro carismático para jóvenes. Los jóvenes de Tambogrande fueron a la casa de retiros con grandes esperanzas, pero en realidad el retiro nunca despegó del suelo. Uno de los motivos que provocó su fracaso fue dar a cada joven una pieza individual. Nunca antes habían dormido solos, y muchos se asustaron. Una de las hermanas encargadas del retiro fue a hablar sobre el asunto con el Arzobispo de Piura. Le dijo que era necesario un lugar donde los jóvenes pudieran dormir y moverse informalmente como ellos acostumbraban. El Arzobispo por su parte le contestó que lo que se necesitaba era un lugar para que sus sacerdotes, dispersos entre grandes distancias, pudieran ir a descansar y a recibir sustento espiritual, ya que hasta el momento los que estaban fuera de la parroquia debían arreglárselas solos. "Lo que necesitamos —dijo— es un monasterio". Y la idea del monasterio fue tomando fuerza. Un lugar donde la gente pudiera ir, un lugar de oración, un lugar donde la liturgia fuera celebrada dignamente, un lugar de retiro, e incluso tal vez, un lugar de peregrinación.

Al Arzobispo Vargas no es hombre que deje fácilmente de lado una idea. Un jesuita, muy interesado en la vida monástica, ya había traído un grupo de monjas benedictinas desde Londres hasta su diócesis de Tyburn. Le preguntó entonces a ellas con quién podía conectarse. Le sugirieron que habría que escribir al Abad de Belmont en Hereford, Inglaterra, no porque nuestro Abad alguna vez hubiera expresado algún deseo de fundar un monasterio en Sudamérica, sino por ser amigo y persona de confianza de la comunidad de hermanas en Londres y por haberles predicado un retiro. El Arzobispo escribió su carta.

Las cartas que llegan a los abades pidiendo fundaciones en lugares poco comunes son frecuentes y generalmente terminan en el cesto de papeles. Belmont ya había rehusado resueltamente fundar en el Paraguay, en Australia y en Uganda, debido a que sus monjes se hallaban muy dispersos por los trabajos pastorales encomendados. Por razones quizás sólo conocidas totalmente por Dios, esta carta fue tratada de modo diferente. Tal vez porque el Arzobispo no escribió a otros monasterios sino tan sólo a éste, o tal vez porque el Abad vio el proyecto de Tambogrande como un medio de renovación monástica en nuestra propia comunidad, su respuesta fue mandar al Hno. Paul Stonham, que habla castellano, para que echara un vistazo. Todo esto sucedió en 1979. Nuestra reacción fue preguntarnos cómo el Hno. Paul

había persuadido al Abad para que le diera tan interesantes vacaciones en el extranjero. A pesar de esta interpretación tan poco caritativa, la idea de una fundación en Perú fue ganando terreno.

En 1980 el mismo Abad fue al Perú acompañado por los hermanos Paul y Peter. A su regreso cada uno hizo un informe por separado para presentar en el capítulo. El mejor fue el del hermano Peter que no quería ir. Dio tanto los pro como los contra con toda objetividad y preguntó por qué, si queríamos fundar en el extranjero, no lo hacíamos en Uganda en donde ya teníamos un monje que pedía repetidamente una fundación, se hablaba inglés y se practicaban las leyes tradicionales inglesas, aunque más no fuera esporádicamente. El Abad entonces pidió la opinión de cada uno. Fue un capítulo extraordinario, marcado por la honestidad, la apertura y la caridad. Uno de nuestros monjes, no muy conocido por tales afirmaciones, dijo más tarde, que casi se podía palpar la presencia del Espíritu Santo. La comunidad votó abrumadoramente a favor y el proyecto del Perú tomó forma. Era evidente que el Hno. Paul iría, pero el abad necesitaba dos monjes más, y solicitó voluntarios.

Ni el Hno. Luke ni yo nos ofrecimos como voluntarios, pero por un proceso mental sólo conocido por los abades, decidió que nosotros fuéramos esos dos "voluntarios". Ambos estábamos trabajando en una parroquia al norte de Inglaterra y en noviembre recibimos una carta en donde se nos preguntaba si estábamos dispuestos a ir como voluntarios. El equipo estaba completo. En mayo de 1981 partimos rumbo a Cochabamba, Bolivia, para aprender castellano y en agosto llegamos a Tambogrande.

Tambogrande es un pequeño pueblo rústico de aproximadamente 17.000 habitantes. La parroquia incluye alrededor de 50 a 60 caseríos en un área no mayor a la de un condado inglés. Nuestra casa está situada en la Plaza de Armas junto a la Iglesia parroquial y al Concejo. Como todas las casas de Tambogrande, la nuestra tiene su historia singular, y por fuera parece más un granero que una casa. Actualmente está muy bien reconstruida y tiene un agradable jardín lleno de árboles frutales y flores. Con el novicio y la muy próxima llegada de otro monje, la casa estará completamente ocupada y ya no habrá habitaciones para los huéspedes.

En nuestros días mantenemos la estructura monástica tanto como nos lo permite el trabajo pastoral encomendado. Rezamos Laudes a las 6,45; el Oficio de Mediodía a las 12,30, Vísperas a las 18,00 y Completas a las 21,30. Así y todo, siempre alguno de nosotros está ausente debido al trabajo parroquial. A veces nadie queda en la casa debido a que tenemos que recorrer largas distancias para celebrar alguna fiesta. Desde octubre a enero —la época de las Fiestas— y durante el mes de mayo, —dedicado al Sagrado Corazón—, cada uno de los tres sacerdotes puede llegar a tener cinco salidas al campo en la semana. Nos estamos dando cuenta de que tan vasto trabajo pastoral fuera de casa es realmente incompatible con el propósito de fundar un monasterio. Pero, por otro lado, estos años inmersos en la vida parroquial peruana y el contacto con la gente que nos han proporcionado, son indudablemente inapreciables. De todos modos, se ha vuelto una necesidad ur-

gente construir nuestro monasterio fuera del pueblo, y creemos que eventualmente tendremos que cortar drásticamente nuestra actividad pastoral.

Nuestro novicio llegó a través de las Hermanas de Tyburn. Por varios años ellas tuvieron su casa en un terreno increíblemente pequeño contiguo a la iglesia de Piura. Pese a ser monjas de clausura se convirtieron en un centro de mucha gente joven de la ciudad. Uno de ellos les preguntó si podía ser monje, a lo que contestaron que muy pronto llegaría una nueva fundación de monjes a la provincia. Nos estuvo esperando en el aeropuerto. Su presencia ha sido inapreciable para nosotros; significó que desde el principio tuviéramos que hablar castellano y que nunca fuéramos una comunidad completamente "gringa". Ha sido un recuerdo constante para nosotros de nuestro real fin aquí, en Tambogrande, aun cuando el intenso trabajo pastoral pudo transformarnos fácilmente en una comunidad ordinaria de párrocos. Es cierto que existen problemas y que probablemente no le estemos dando toda la formación que realmente necesita, pero esperamos que esto cambie cuando tengamos nuestro monasterio.

Indudablemente los problemas de adaptación son muchos, los más porque no sin razón nos hemos movido con cierto recelo después de haber visto algunos intentos de cambios. Por ejemplo en Cochabamba estuvimos en la celebración de una misa que nos dijeron que estaba adaptada a las necesidades de América Latina; fue una misa muy informal en donde la mayoría de los sacerdotes no estaban revestidos y en donde todos juntos recitaban la oración eucarística. También hay sacerdotes peruanos que celebran misas en cadena, una detrás de otra, cada media hora, y cada una con una intención particular. Hemos seguido nuestro propio instinto y creemos que hay mayor concordancia con esta cultura, con la forma tradicional de la celebración de la misa, que mediante cualquier otra adaptación "gringa" de la misma. Para las ocasiones importantes la gente de aquí es muy formal y reverente en las pequeñas ceremonias. Incluso cuando nos hablan caen en pequeños discursos llenos de palabras difíciles y cláusulas subordinadas. Frente a las imágenes usan incienso y velas, algunos incluso lo hacen en sus propias casas. Nosotros insistimos en una sola misa por fiesta, en donde se incluyen todas las intenciones particulares, y todas las misas son cantadas con todo el ceremonial de que somos capaces. Después de desacuerdos iniciales por no tener cada uno su propia misa, la gente se ha ido acostumbrando muy bien al arreglo y ha empezado a preparar, por propia iniciativa, pequeños coros en sus pueblos. Esto es una buena perspectiva para cualquier apostolado litúrgico futuro que tengamos que hacer cuando tengamos nuestro propio monasterio.

Otra adaptación que vimos absurda fue la de no usar hábitos. En un país donde la gente usa hábitos púrpuras en octubre en honor al "Señor de los Milagros" o del "Señor cautivo", y que cambia del negro al blanco para la fiesta de san Martín de Porres, en un país donde todas las hermanas nativas usan el hábito tradicional, es difícil saber por qué las hermanas extranjeras se han adaptado, cuando directamente no lo usan.

Existen sutiles problemas de adaptación debido a las diferentes reglas de cortesía, diferentes valores, diferente grado de desarrollo cultural y nuestro propio sta-

tus socio-económico. Somos "blancos", y no tan sólo por el color. Esto afecta inclusive la relación con nuestro novicio y de vez en cuando se dan situaciones en donde no hay ni la apertura ni el entendimiento mutuos que debería existir entre un novicio y su comunidad. Somos conscientes de que es una gran dificultad igualmente para él, pero el hecho de que se haya quedado con nosotros estos dos años ya de por sí dice algo.

Hace algunos años, mientras visitaba al Cister, el prior me dijo que en la orden cisterciense, los monasterios que hacían experiencias no atraían vocaciones. Los monasterios que saben adónde van y que tienen una observancia estable, ya sean conservadores o progresistas, son los que tienen novicios. Por esta razón intentamos hacer sólo los cambios dictados por nuestras circunstancias y favorecer más bien la estabilidad que el cambio. Es la próxima generación de monjes peruanos —así lo esperamos— la que deberá adaptar el monasterio a la "realidad peruana". Todo lo que podemos dar es lo que hemos recibido: la vida de una comunidad benedictina con una dimensión pastoral en concordancia con las tradiciones de la Congregación Benedictina Inglesa. Lo que importa es no cortar o cambiar de sistema ante cada nueva idea que llega.

En unos pocos días el Hno. Mark estará con nosotros. Ha renunciado a ser director de nuestro internado privado en Inglaterra y viene especialmente para hacerse cargo de la construcción de nuestro nuevo monasterio. Estamos buscando un sitio adecuado, lo suficientemente lejos de Tambogrande como para vivir separados de nuestro trabajo, y lo suficientemente cerca como para no dar la impresión de que abandonamos a la gente; un lugar con agua y buenas comunicaciones, y con tierra suficiente como para poder expandirnos y diversificar nuestras actividades. Lo concebimos como un modesto edificio de un solo piso, construido de acuerdo a las clásicas plantas españolas de dos cuadrados. El primer cuadrado estaría abierto al público, con habitaciones para huéspedes y locutorios. El segundo sería la clausura donde sólo serían admitidos los monjes. Entre medio de ambos estaría el refectorio tanto para los monjes como para los huéspedes, y la cocina. Sobre uno de sus lados, con entradas por ambos cuadrados, estaría una pequeña iglesia. Estamos pensando en construir con adobe refractario y probablemente nos proveeríamos de electricidad por medio de un molino de viento. Al construirlo así no sólo abarataríamos los costos sino que también insertaríamos su empleo en las casas de campo.

Todo esto se realizará en un futuro inmediato y necesitaremos de otro artículo en dos o tres años, para contarles qué cosas hemos cambiado. ¡Hay tantas preguntas que aún no han sido contestadas, tantos problemas que ni siquiera se han hablado! ¿Cómo haremos para sostener nuestra vida como comunidad?, ¿en qué medida debemos extendernos en nuestros trabajos pastorales?, ¿cómo haremos para entrar en contacto con figuras vocaciones: saliendo, buscando, o simplemente esperando? Algunas de estas preguntas se irán resolviendo con los hechos. Por el momento hacemos lo que la gente normalmente espera de los benedictinos, dando retiros y seminarios litúrgicos. Como nuestro propósito es expandirnos en esta dirección, autoabastecemos e instituir un programa idóneo para nuestros novicios y juniores, necesariamente nuestro trabajo parroquial tendrá que disminuir. El Arzobis-

po —uno nuevo pues el Arzobispo Vargas ha sido trasladado a Arequipa— nos dijo que recién dentro de cinco años espera poder poner un sacerdote peruano en Tambogrande. Ante esta insatisfactoria noticia, termino este artículo.

Habiendo estado en Tambogrande tan sólo dos años, somos una pequeña comunidad con muy poco que nos recomiende, a excepción de ser herederos de una gran tradición. Necesitamos de sus oraciones.

David BIRD, osb

* * *

VIGILIA DE PENTECOSTES EN LA ABADIA DEL NIÑO DIOS

Para la Festividad de Pentecostés de este año, los monjes jóvenes de la Abadía del Niño Dios quisimos aportar a nuestra Iglesia local de Victoria, y en concreto a su juventud, algo que es propio de nuestra vocación y de la fiesta que celebrábamos: una vigilia de oración, bajo el lema “Esperamos, con María, el Espíritu de vida”.

La iniciativa partió del Hno. Daniel Poqué, de la comunidad de Los Toldos, y contó inmediatamente con el entusiasmo y la participación de nuestros profesos temporales, novicios y postulantes, y con la amplia disponibilidad de nuestro Abad y comunidad, que nos dieron todas las facilidades para llevarla a cabo.

Así, y a pesar de algunos pronósticos desfavorables acerca del eco que halláramos entre los jóvenes victorienses, nos pusimos a prepararla con algunas semanas de anticipación, lo cual no impidió las improvisaciones de último momento, propias de la inexperiencia y de las imprevisiones. Porque la respuesta juvenil superó nuestros cálculos: algo más de 200 muchachos y chicas, algunos de otras localidades (hasta de Santa Fe, Paraná y Buenos Aires), se vinieron a orar toda la noche, con mucho interés, fervor y participación. En gran parte, tenemos que atribuir esta concurrencia a la difusión dada en los días previos a través de la iglesia parroquial, los medios de comunicación locales y, sobre todo, a las invitaciones realizadas personalmente por el Hno. Héctor Barrera en los colegios de la ciudad y por los seminaristas diocesanos en las varias capillas que dependen de nuestra parroquia.

El éxito de la convocatoria no nos sorprendió sólo a nosotros, los organizadores, pues varias personas de la zona nos hicieron llegar su favorable opinión y gratitud, asegurándonos que un acontecimiento tal se vio muy pocas veces entre la juventud de Victoria. Esto demuestra, una vez más, la necesidad y el interés por Cristo y por la Iglesia que, en los últimos años, se nota en nuestros jóvenes.

El programa de la noche, variado y dinámico, fue concebido y desarrollado con gran equilibrio entre los distintos momentos; así, se fueron sucediendo char-

las, audiovisuales, grupos de reflexión, una procesión con antorchas, mucho canto, mucha oración y, por supuesto varios momentos de recreación con sendos "desayunos" servidos en el comedor de la comunidad monástica. En todo vivimos un clima de fiesta y de real fraternidad, compartido también por algunos monjes mayores que nos acompañaron toda la noche o parte de ella. No faltaron tampoco —no podían faltar— los accidentes jocosos, como por ejemplo proyectar toda una serie de diapositivas al revés.

No queremos dejar de destacar la excelente conducción del Hno. Daniel, que fue sin duda un factor importante para el éxito del encuentro y la participación de todos. Igualmente, el trabajo —que podríamos llamar anónimo— llevado a cabo en la cocina por varios hermanos, especialmente el Hno. Nicanor Gómez y los Hnos. de San Benito de Luján, Juan Pablo Montiel y Carlos Thomatis. Por esto podemos decir que la vigilia fue un "asunto de la Congregación de la Santa Cruz", y por eso queremos compartirlo con todos nuestros hermanos y hermanas del Cono Sur.

Alboreando el domingo de Pentecostés, varios padres de la comunidad atendieron confesiones, no demasiadas pero algunas bastante significativas. Y ya de mañana, tuvimos la Concelebración Eucarística, presidida por el Abad Eduarão, quien se sumó al regocijo generalizado y nos comprometió a todos —jóvenes participantes y hermanos— para revivir otra noche semejante el próximo año, lo cual fue recibido con mucho entusiasmo. Acabada la misa, concluimos la noche con el verdadero desayuno final, del que también tomaron parte algunos ancianos de la comunidad, sorprendidos y contagiados por la alegría juvenil. Esa mañana, los jóvenes monjes dormimos hasta mediodía...

Como ya dijimos, creemos que esta iniciativa fue importante y movilizadora para la juventud de Victoria. También lo fue para nuestra comunidad de formandos, pues a partir de esto nos sentimos más urgidos y deseosos de poner a disposición de nuestros coetáneos de la zona todo lo que nosotros podemos ofrecer de entre la riqueza de nuestra vocación, dentro de los límites propios de nuestro estilo de vida. Experiencias de oración, encuentros de diversa índole, participación en los grandes eventos de la Iglesia local y nacional, son algunas de las posibilidades que ya estamos considerando. En concreto, para los próximos meses, proyectamos varias actividades de este tipo: en primer lugar, nos uniremos a la peregrinación a pie a Nogoyá, que organiza nuestra parroquia en los primeros días de octubre, adhiriéndose así al Congreso Eucarístico Nacional. Luego, a fines de noviembre, realizaremos una jornada de reflexión y convivencia con los jóvenes de la zona, orientada hacia la Navidad. Y, finalmente, entre el 7 y el 10 de febrero del año entrante, organizaremos en la Abadía un retiro vocacional para jóvenes de todo el país, proponiéndoles las formas de vida cristiana fundamentales y especialmente la vida monástica.

La experiencia que hemos querido compartir con ustedes, floreció así en una serie de iniciativas que —confiamos y rogamos al Señor— podrán traer mucho fruto para toda Victoria, y en particular para sus jóvenes y para nuestra Abadía. Si así fuera, bien podremos decir que la Vigilia de Pentecostés 1984 será un hito memorable en nuestra historia doméstica, como ya lo es para todos los que tuvimos

el gozo de participar en ella. No nos queda sino agradecer, con María, al Espíritu que nos da Vida.

Abadía del Niño Dios
CC 15 — 3153 Victoria (E.R.)

Jorge VERDURI, osb

* * *

CARTA DE LA MADRE ABADESA MECTILDES VILAÇA CASTRO

Olinda, 25 de octubre de 1984.

Querida Madre y Comunidad:

Llegué aquí el 19 de octubre y sentí el impacto del cambio de clima pues encontré a Recife muy caluroso.

En primer lugar tengo que expresarles mi agradecimiento por las oraciones de todas las comunidades que me acompañaron y de las cuales me siento deudora. Fue realmente un viaje lleno de la bendición de Dios por todo lo que viví, particularmente en términos de vida de fe y de monacato.

Salí de Recife el 14 de setiembre, pasando por París, esta vez sin atropellamientos. En el aeropuerto de Roma me esperaba la Hna. Sigried, antigua priora de las benedictinas de Tutsing en Olinda, y hoy consejera en el gobierno general, en Roma. La acompañaba otra hermana chofer, y me llevó a su hermosa Casa Generalicia donde me quedé hasta el 17 a la tarde, en que fui con la Madre Edeltrud Weist a la Casa de Santa Lioba, cerca de San Anselmo, donde se hospedarían gran parte de las Madres Generales y Abadesas invitadas al Congreso de Abades. Esta breve y fraterna convivencia con la comunidad de Tutsing, fue una buena ocasión para conversar sobre Brasil, especialmente sobre Olinda. El domingo 16 fui a ver la Basílica de San Pedro, el primer lugar que uno desea visitar en Roma. En la inmensa Plaza de San Pedro me encontré, por casualidad, con el Padre Abad Martín de Elizalde y el Padre Abad Ignacio, quien ya estaba preocupado por no haberme encontrado en Santa Lioba. El 17 a la tarde me encontré allí con la mayoría de las abadesas y madres generales. Otras se alojaron en otros lugares próximos a San Anselmo. Fue una gran alegría volver a ver a las conocidas y trabar nuevas relaciones. Eramos 13 invitadas, miembros de las dos Comisiones "de las Monjas" y "de las Hermanas" benedictinas:

Madres Generales

Joan CHITTISTER, <i>osb</i>	—	E.E.U.U.
Johnette PUTNAM, <i>osb</i>	—	E.E.U.U.
Colombe NICOLAERS, <i>osb</i>	—	Bélgica
Fidelina MONSALVO, <i>osb</i>	—	México
Edeltrud WEIST, <i>osb</i>	—	Tutsing
Anselm HAMMERLING, <i>osb</i>	—	Canadá
Benigne MOREAU, <i>osb</i>	—	Francia (Vanves)

Abadesas

Judith FREI, <i>osb</i>	—	Alemania
Odile DESCHARD, <i>osb</i>	—	Países de lengua francesa
Cecilia BELTRAME-QUATROCCHI, <i>osb</i>	—	Italia
Amparo MORO, <i>osb</i>	—	España (Oviedo)
Mectildes VILAÇA CASTRO, <i>osb</i>	—	América Latina - Brasil

Respecto a las conferencias del Congreso, el Padre Abad Basilio ya envió las principales informaciones y espero que podamos tenerlas en nuestras manos, en nuestra propia lengua¹.

Fue sumamente agradable constatar el clima de sencillez y acogida que reinó durante todo el Congreso. Alegría, ambiente distendido, interés en lograr un conocimiento mutuo, sobre todo en los momentos del cafecito y de las refecciones, cuando nos sentábamos circunstancialmente junto a una u otra persona. Hubo mucho interés por Brasil y sus problemas, por la teología de la liberación, Dom Hélder y Leonardo Boff, pero también por el desarrollo de nuestras comunidades, el número de miembros y las vocaciones.

A veces nos reuníamos el grupo de brasileiros —lo que era muy agradable— especialmente en las peregrinaciones a Monte Casino, Subiaco y Nursia. El P. Abad Basilio, el P. Abad Ignacio, el P. Abad Paulo y el Padre Ernesto fueron verdaderos hermanos conmigo.

La audiencia del Santo Padre, en la Sala Clementina fue un punto importante. La precedió una pequeña penitencia: tuvimos que subir una hermosa escalera, ¡en total 250 escalones! En la hermosa sala del siglo XVII aparecería Juan Pablo II con su sencillez, delgado y envejecido, sin duda cansado por su viaje a Canadá, pero mirando con interés a todos durante la alocución en latín del Padre Abad Primado. El también habló en latín y después vino a nuestro encuentro y fue altamente ovacionado en un clima de alegría, como en el encuentro de un padre con sus hijos.

Volviendo a las reuniones del Congreso, encontré muy interesantes las informaciones de los diversos Abades Presidentes respecto de sus respectivas Congregaciones

1. En este número de C.C.M.M. han sido traducidas al español, pp. 309 ss. (N. de R.).

que nos dieron una visión global de lo que pasa en toda nuestra Orden. Los asuntos referidos a San Anselmo —los estudios, la gestión económica— se presentaron de manera de no cansar demasiado y la reelección del Padre Abad Viktor Dammertz como Primado fue una consecuencia natural de su excelente actuación en todos los aspectos: espiritual y material.

Durante el Congreso tendrían lugar dos reuniones de las Madres Generales y Abadesas presentes. El 20 de setiembre las Abadesas tuvimos un encuentro informal con el Padre Abad Primado. En esa oportunidad nos comunicó el deseo de promover una mayor aproximación entre la Comisión de las Monjas y la Comisión de las Hermanas. En consecuencia se programó una reunión de ese tipo para mayo de 1986, y también reuniones por separado de cada Comisión. En estos días del Congreso tuvimos oportunidad de conversar sobre esa proposición, motivo por el cual se realizaron dos encuentros. Después hablamos brevemente de varios asuntos relacionados con el Código de Derecho Canónico.

Tuvimos después, el 26 de setiembre, el primer encuentro con las Madres Generales, sin la presencia del Padre Abad Primado, en la Casa Generalicia de Tutsing, donde se nos ofreció un almuerzo delicioso. Esa tarde los monjes estaban ocupados en las votaciones. Nos acompañó el Padre Gerard Békés, osb, como traductor, pues se hablaría en francés, inglés y alemán. No fue una reunión fácil pues nosotras las Abadesas no nos sentíamos bastante motivadas y se trataba de reflexionar sobre el contenido del encuentro de 1986. No obstante, el problema fundamental comenzó a manifestarse: el cuestionamiento de la existencia en nuestra Orden de dos grupos: “hermanas” y “monjas”, cosa que no ocurría con los monjes, junto con otros relativos a las diversas estructuras de vida de las comunidades femeninas.

La segunda reunión se realizó una vez terminado el Congreso, el 1 de octubre, en San Anselmo, después de la Eucaristía en la capilla privada del Abad Primado y llevó toda la mañana. Esta vez se realizó con la presidencia del Abad Primado y se procedió con más conocimiento de causa, tranquilidad y profundidad. Se precisó mejor el objetivo que hay que alcanzar: un mayor conocimiento entre “monjas” y “hermanas” benedictinas a través de la convivencia, oración y reflexión especialmente sobre nuestra identidad y las estructuras de nuestra vida. Esto se haría en tres oportunidades y, de acuerdo a las conveniencias, en 1987:

- 1º. Una reunión de la Comisión de las Monjas.
- 2º. Una reunión de la Comisión de las Hermanas.
- 3º. Una reunión más amplia, de alrededor de cincuenta miembros que representen a monjas y hermanas.

Se habló mucho acerca del criterio para esta representatividad, nada fácil, ya que hay treinta y tres congregaciones de hermanas y un gran número de monasterios autónomos esparcidos por todo el mundo.

Se designó una Comisión para preparar esta reunión que quedó en informar respecto a las diferentes fases de preparación:

- | | |
|-----------------------------|--------------------|
| – Hna. Joan Chittister, osb | – E.E.U.U. |
| – Madre Edeltrud Weist, osb | – Tutsing |
| – Madre Amparo Moro, osb | – España |
| – Madre Benigne Moreau, osb | – Francia (Vanves) |
| – Madre Hildegardis, osb | – Italia (ausente) |

La Madre Edeltrud Weist ofreció la Casa Generalicia de Tutsing para su realización, ya que ésta ofrece una infraestructura adecuada.

Se trataron otros detalles y cerramos la reunión convencidas de que esta aproximación y reflexión sobre nuestra identidad daría buenos frutos para nuestro futuro monástico.

Con la alegría de ya estar de vuelta para recomenzar lo cotidiano monástico, las abrazo en Cristo Jesús,

*Mosteiro de N. S. do Monte
Praça de N.S. do Monte s/n
53000 Olinda – Pe. – Brasil*

Madre Mectildes VILAÇA CASTRO, osb

*
* *

EL RVDMO. P. ABAD ADALBERTO METZINGER (1910-1984)

El 11 de octubre de 1984 falleció en Weingarten, Alemania, el Rvdmo. P. Abad Adalberto Metzinger, quien durante diez años fuera Prior del Monasterio de Las Condes, en Chile.

El P. Adalberto había nacido el 17 de marzo de 1910 en Ottersweier, Baden Württemberg, en el seno de una familia muy cristiana, dentro de la cual recibió una cuidada educación. En 1925 ingresó a la Archiabadía de Beuron, donde profesó el 25 de mayo de 1930, siendo ordenado sacerdote allí mismo el 28 de agosto de 1935. Se especializó en los estudios de Sagrada Escritura, doctorándose en esta disciplina en el Pontificio Ateneo de San Anselmo, de Roma, donde fue Profesor de Nuevo Testamento, a la vez que Procurador General de la Congregación Beuronense, hasta 1959.

En aquel año fue designado Prior de Las Condes, adonde arribó en el mes de diciembre, después de haber visitado todos los monasterios benedictinos de Argentina, a fin de establecer contactos que pronto serían de gran utilidad en los vínculos de unión que él mismo impulsara.

En efecto, como necesidad derivada de los estudios de Filosofía y Teología, el P. Adalberto concibió el plan de aprovechamiento de los pocos profesores que

en aquel entonces podían encontrarse en aquellas aún jóvenes fundaciones, organizando un intercambio de alumnos entre las casas de Los Toldos y Las Condes, estableciéndose en el primero los estudios de Filosofía y en el segundo los de Teología. Abierto a los demás monasterios, el mecanismo de intercambio comenzó en 1962, con fructíferos resultados, no sólo en el plano estrictamente formativo, sino en el de fraternales contactos entre las comunidades, que se abrían para recibir en su seno a los jóvenes profesos de países hermanos. Es necesario destacar lo que este paso significaría luego en el historial de la Congregación de la Santa Cruz del Cono Sur, la ulterior Conferencia de Comunidades Monásticas del Cono Sur y la misma edición de la revista Cuadernos Monásticos, frutos todos de un proceso de integración cuyos orígenes deben encontrarse en aquellos primeros contactos.

Durante los diez años, aproximadamente, en que el P. Adalberto fue Prior de Las Condes, aparte de la marcha regular del citado teologado, fueron numerosas las obras que emprendió, con la tenacidad que le era característica: a él se le debe la construcción de la iglesia y la hospedería del monasterio, independientemente de otros progresos en el desarrollo de la comunidad. Junto a esta acción *ab intra*, prestó toda su colaboración a la Iglesia local, sea en la Facultad de Teología, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, sea en la Confederación de Religiosos. En la primera dio clases de Nuevo Testamento y en la segunda ocupó altas responsabilidades directivas. En el plano del servicio al prójimo colaboró en diversas instituciones, especialmente en las Aldeas de Niños S.O.S., que lo cuentan entre sus primeros impulsores.

En febrero de 1970 el P. Adalberto renunció al cargo prioral, siendo elegido luego el P. Eduardo Lagos, posteriormente primer Abad de Las Condes. El P. Adalberto permaneció aún algo más de dos años en Chile, al cabo de los cuales se reintegró a su monasterio de profesión, la Archiabadía de Beuron, hasta que en 1975 fue elegido Abad de Weingarten, donde recibió la Bendición el 9 de marzo de aquel año. El 24 de febrero de 1982, ya delicado de salud, resignó al cargo abacial, oportunidad en que volvió por unos meses a Chile, visitando algunos otros monasterios. Proyectaba repetir este viaje en 1985, sorprendiéndolo súbitamente la muerte en la madrugada del citado 11 de octubre, por efecto de un ataque al corazón.

El P. Adalberto fue autor de numerosas publicaciones, tanto en Europa como en América. Una de sus más valiosas contribuciones fue la reedición de la *Introductio Specialis in Novum Testamentum*, de H. Höpfl y B. Gut, cuya sexta publicación, hecha en Roma en 1962, fue dirigida igualmente por él.

Todos los monasterios del Cono Sur han manifestado al de Las Condes, como al Rvdmo. P. Abad de Weingarten su pesar por la pérdida del P. Adalberto, cuya característica más relevante tal vez haya sido su bondad y espíritu de servicio.

Abadía de la Sma. Trinidad de Las Condes
Casilla 27021 — Santiago 27 — Chile

Gabriel GUARDA, osb

* * *